

EL DRAMA DE LA MEMORIA

VICENTE SÁNCHEZ-BIOSCA

MEMORIAS

LENI RIEFENSTAHL

Barcelona. Lumen 1991. (Original 1987)

Hay en toda autobiografía, por diminuto y anodino que sea el personaje que la escribe, una punzada de dolor y un enorme saber, aun cuando el primero carezca de sentido indiscrutable para todos. La condición para que ello sea así es inexorable: la escritura debe estar cerca de la experiencia o, mejor aún, enfrentarse con ella, chocar de frente con lo que ella tiene de inexpresable. Y la experiencia de la que habla la autobiografía no es ni más ni menos que la de la propia vida, cuando los acontecimientos se alejan o aproximan según una lógica más espacial que temporal y deben ser apropiados dándoles un sentido desde la atalaya de la vejez. Quizá con el fin de no afrontar este riesgo, muchas memorias, especialmente cinematográficas, huyen de la experiencia real, del dolor o de lo que marcó a fuego la vida de sus autores. En estos casos lo que

MEMORIAS Leni Riefenstahl



Editorial Lumen

ción cronológica, pese a la convencionalidad que la autora decidió imprimir al relato de su vida, uno se da cuenta de que hay algo que retorna constantemente, una y otra vez, sin poder ser extirpado del todo. Y vuelve bajo la forma de mil interrogantes, de mil razones que, pese a todo, parecen excluirse unas a otras. Y, en los intersticios de las mismas, sobresale la verdad profunda de esa vida: ¿Por qué Hitler ejerció tal fascinación sobre ella? Nada, sino la ceguera histórica, nos impediría reconocer hasta qué punto esta fascinación la compartieron gentes muy dispares e, incluso, tantos otros tuvieron que resistirse con tenacidad y dificultad también a ella. Es aquí donde aparece el destello de verdad que atribuimos a estas memorias, aun cuando esta verdad haya de ser desentrañada, al no ser literal. Pero ¿por qué no es literal?

En realidad, resulta difícil de creer el cuadro que presenta la Riefenstahl: una persona de cultura, formada en la danza clásica, actriz, guionista, directora de cine, amiga de Kathe Kollwitz, Arnold Fanck, Hans Schneeberger, visita habitual de la Cancillería del Reich, adorada y luego odiada por Goebbels, encargada personalmente por Hitler para la filmación del célebre —gracias en parte a ella— Congreso del Partido Nacionalsocialista en Nüremberg, etc, etc, etc; es difícil de creer, decimos, que esta misma persona pudiera ignorar, como pretende, la dramática situación alemana, todos los abusos del poder. Sin afanarnos en otorgar a la época una claridad que sólo fue meridiana —y probablemente falsamente meridiana, como toda construcción de la historia— con posterioridad, el panorama de inocencia virginal es más que dudoso. No obstante, allí donde puede dudarse de la verdad de lo literal, la escritura sí demuestra la presencia de esa herida bajo formas muy distintas: los interrogatorios, las declaraciones, la respuesta a las calumnias, las retrospectivas de su obra, la desnazificación... todo ello tenía el poder durante muchos años después de concluida la segunda guerra mundial de enfrentar a la autora con su pasado, en su ambigüedad y en sus repercusiones, en sus verdades a medias y en su sinceridad. Y la escritura ha sido la que ha servido para dar cuenta de ello para enfrentarlo por vez postrera. Lo impor-

tante es que la lectura de estas memorias lleva impresa esa huella indeleble.

Al final de su libro, la anciana Leni no puede sino volver una vez más a esa figura fascinante que, por un extraño azar, fue el terror para otros muchos y dice, más bajo la forma de una pregunta sin respuesta que bajo la forma de una aseveración: «*Hitler marcó tan profundamente mi destino que todavía guardo en la memoria cada palabra de las conversaciones que tuve con él o con los personajes más importantes de su entorno*». Entre esos momentos figura aquel cálido instante fugaz en el que Riefenstahl sintió delicadamente que Hitler la deseaba como mujer. Fue apenas un segundo. Escalofriante declaración para el lector, pues su memoria histórica choca violentamente con la experiencia ahistórica de Leni. Aquella que vivió no ve con los ojos de la historia; aquél que posee los ojos de la historia no está dotado para sentir. Y sabemos que todo lo que el sujeto siente es en el fondo ahistórico. En esa falla se abre el sorprendente interés de los acontecimientos que pueblan la autobiografía de Riefenstahl: puede hablar de Hitler o Goebbels como de sus amigos los nuba del Sudán. Es esto lo que a la historia le cuesta admitir: a un mismo tiempo, ésta exige una exculpación y desea saber más y más. Estas Memorias constituyen, pues, un episodio extraño, probablemente incluso para la autora. En su vejez, se mezclan las actitudes justificativas y las verdades aisladas con las simples preguntas formuladas bajo otra forma cualquiera de la sintaxis. Es en aceptar, en buscar incluso, la confrontación con la propia vida en aquello que ésta ha tenido de histórico, aun sin saberlo plenamente, donde está escondida la grandeza de estas memorias. Mas sus propias palabras, casi para concluir este libro de seiscientas páginas, lo expresan con una verdad insoslayable: «*Como una película han desfilado ante mis ojos incontables veces los acontecimientos de aquellos años y hasta el día de hoy me he visto confrontada con el pasado. (...) Mi intención era salir al paso de opiniones preconcebidas y aclarar equívocos. Este trabajo me ha tenido ocupada cinco años y no me ha resultado fácil, pero sólo yo misma podía escribir estos recuerdos. No ha sido en verdad un libro alegre*» (pág. 594).

se presenta es una prolongación averiada de la vida de la pantalla, más pobre y sobre todo más groseramente miserable.

Pero, si bien lo pensamos, hay un instante decisivo por el cual alguien se enfrenta al papel y pierde sus horas, días, meses y años escribiendo unas *Memorias*, no para los demás, sino sobre todo para sí, a fin de ejercer una catarsis semejante a la de un acto religioso, artístico, psicoanalítico o aventurero. De la intensidad de este momento, de lo que se deja apaciguar y comprender, nace lo que hemos denominado la experiencia cruda, el hueso más duro de roer. Pues bien, las *Memorias* de Leni Riefenstahl poseen este hueso en aquel período de su máxima gloria profesional y artística, el cual, por un funesto destino, coincidiría con el dominio del nacionalsocialismo en Alemania. Claro que el trabajo de Leni ni empezó ni terminó en este período. Su larga vida artística la vio como bailarina prestigiosa, luego como actriz de películas de montañismo (los famosos Bergfilme del geólogo doctor Fanck), más tarde como coguionista, directora y actriz de *Das blaue Licht*, antes de entrar en contacto con los artifices del nacionalsocialismo. Y, después de que el nazismo se convirtiera en memoria trágica, sus viajes africanos, sus expediciones como fotógrafa o autora de documentales, su conocimiento profundo de los nuba y su trabajo con la fotografía submarina. Esto sólo es un bosquejo breve e imperfecto. Sin embargo, al leer estas fascinantes memorias, pese a su ordena-